

UNA NOTA KANTIANA (JASPERS)
SOBRE EL PROBLEMA DEL MAL

ADOLPH LICHTIGFELD
DEPARTMENT OF PHILOSOPHY
UNIVERSITY OF SOUTH AFRICA, PRETORIA

Desde la concepción platónica de Dios como luchador eterno contra un elemento de mal totalmente incomprensible, hasta la afirmación de WHITEHEAD de que el hecho de la inestabilidad del mal es prueba convincente de la existencia en el mundo de un orden moral, el mal ha permanecido como una estocada en el corazón de la vida.

Muchos pensadores, en su búsqueda del fundamento último del ser, muestran la precariedad de cualquier intento de una interpretación total de la realidad dentro de los límites del conocimiento objetivo. Es ahí donde N. HARTMANN plantea el problema de lo "irracional" en todos los campos de la experiencia, pero también ahí nos recuerda HARTMANN el arte aristotélico

"de tratar problemas sin el deseo de resolverlos a toda costa, ese gran arte de la aporética que, en tiempos, reinó supremo en todos los campos de la filosofía" (1).

En lo que se refiere a lo "irracional", HARTMANN señala que, en la medida en que ciertos segmentos (infinitamente) pequeños de la realidad misma se someten a control, i. e. el objeto que, en el proceso cognoscitivo, ha sido aprehendido por el sujeto, se nos previene de proyectar simplemente nuestros propios significados peculiares o nuestras opiniones preconcebidas en la explicación de la estructura de la realidad.

Para JASPERS la "irracionalidad" del mal aparece (en su interpretación filosófica) como la "incapacidad de ser uno" (*Nichteinseinkoennen*) de todos los modos de la realidad circundante. A causa de esta "incapacidad de llegar a ser uno" (*Nichteswerdenkoennen*) de todos los modos de lo circundante el mal, en nuestro orden temporal —según JASPERS— se ancla en la realidad (2).

Es interesante señalar que P. WEISS intentó desarrollar en su *Reality* una teoría del mal. WEISS se contenta con la instancia de que el último principio explicativo hay que encontrarle en el hecho de que

"el estado de cada entidad en esa jerarquía pertinente está determinado por la relación entre el grado de perfección que encarna y el grado de interna conformación que la actualidad debe sufrir antes de que pueda hacer de esa realidad valiosa parte de sí misma" (3).

(1) N. HARTMANN, *Grundzuege einer Metaphysik der Erkenntnis*, W. de Gruyter, Berlín 1949, pp. 7, 120 ss.; trad. por H. KUHN en: *The Phil. Quarterly*, 1951, 298/9.

(2) K. JASPERS, *Von der Wahrheit*, R. Pieper y Co., Muenchen, 1947, p. 539; E. BAUMGARTEN en *Jaspers-Schlipp volume*, Tudor Publ. Co. N. Y., 1957, pp. 337, 361 y JASPERS en el *Jaspers-Schlipp volume*, o. c. p. 864; véase también J. L. MACKIE en *Mind*, 1955, pp. 203 ss., y en *Philosophy*, 1962, pp. 153 ss.

(3) P. WEISS, *Reality*, P. Smith, N. Y., 1949, p. 252.

El punto de vista de JASPERS de que los modos de lo circundante alcanzan su fin en una armonía de las armonías, i. e. el "llegar a ser uno" de los modos de la realidad circundante, encuentra un eco en la afirmación de WEISS de que

"Es el bien, puesto que es una armonía de toda posibilidad..., es absoluto, porque es la unidad última que circunda la posibilidad de cada cosa sea lo que sea" (4).

Aunque WEISS se acerca al tema desde un ángulo un tanto distinto, parece inclinado a aceptar la misma conclusión. Porque

"hasta que todas las cosas estén firmemente en el puño de un ser bueno omnipotente y omnisciente, no habrá esperanza de que los males existentes, aunque ontológicamente y valorativamente innecesarios, puedan ser eliminados" (5).

Parece, entonces, que mientras limitemos nuestro pensamiento a una experiencia del mundo presente y consideremos este mundo como la única manifestación de la bondad y sabiduría divinas, el problema del mal no podrá ser solucionado.

De hecho, al recorrer los caminos por donde se ha llevado este problema en la historia del pensamiento, A. FLEW llega a la conclusión de que

"o Dios no puede abolir el mal o no quiere hacerlo; si no puede, no es todopoderoso; si no quiere, no es bondad infinita" (6).

Este pensamiento deriva de la suposición de que la realidad debe conformarse con sus propias estructuras; en otras palabras, se dice que la bondad de Dios debe ser idéntica a la bondad finita. Esto sería cierto únicamente "si el significado objetivo estuviera restringido al significado empírico" (7). Sin embargo, la última realidad (Dios) no es idéntica a la realidad empírica (bondad finita). Porque los hechos de la experiencia finita son tan dispares con respecto a la última realidad como los términos contrastados "significado empírico" y "significado objetivo". La razón por la cual debe mantenerse esto es, como argumenta R. R. EHMANN, que, de lo contrario, "tendríamos que asumir que el principio de verificabilidad empírica es el criterio del significado objetivo" (8). Sin embargo, hay que insistir en que "el principio mismo presupone ya el significado objetivo de la concepción no empírica de un hecho empírico" (9). Y esta es la razón por la cual

(4) P. WEISS, *Man's Freedom*, Yale University Press, 1950, p. 245.

(5) P. WEISS, o. c. p., 244.

(6) A. FLEW y A. MACINTYRE, *New Essays In Philosophical Theology*, SCM-Press, London, 1963, p. 144; R. EHMANN (en *The Monist*, 1963, pp. 486) hace, sin embargo, la consideración siguiente: "Abolir a Dios a causa del mal es medirle en términos de los moldes del mundo finito y, sin embargo, ver ese mundo como divino. Si el mundo es otro que Dios, no hay contradicción entre el mal y la bondad de Dios".

(7) R. R. EHMANN, en o. c. p., 485.

(8) R. R. EHMANN, o. c. p., 485.

(9) R. R. EHMANN, o. c. p., 485.

“ningún enunciado de la forma ‘Esto es un hecho empírico’ puede ser verificado empíricamente. Si la concepción de un hecho empírico fuera, por tal razón, meramente formal o lingüístico, el principio de verificabilidad empírica sería, él mismo, meramente formal o lingüístico; como tal, no serviría como criterio de significado objetivo o real. Por tanto, no es posible tomar ese principio como criterio de tal significado. Porque, como tal, se anula a sí mismo” (10).

Esta es, en realidad, la razón por la cual debemos reconocer con JASPERS que deben haber aspectos de existencia necesariamente inaccesibles a los métodos empíricos de investigación, que fracasan al querer explicar todos los modos de la realidad circundante, e. q. tales como la insistencia del yo en atravesar todo tiempo futuro en otro modo de existencia hasta el último fin, más allá del tiempo, donde la infinitud empieza. WHITEHEAD habla de esta fase como una fase

“de consumada actualidad, en la cual los muchos son eternamente uno, sin la atenuación de pérdida alguna, bien sea la identidad individual, o la perfección en la unidad” (11).

Si, así, la doctrina de una vida futura es una implicación de la resolutivez moral, i. e. si, como KANT, asumimos que “el hombre es ciertamente el señor titular de la naturaleza... nacido para ser su último fin” (12), esta doctrina puede constituir campos legítimos para la investigación especulativa. Porque nos lleva más allá del escenario de este mundo en el cual estaríamos simplemente a merced de todos los males que sucedieran, y, al mismo tiempo, nos capacita para considerar la posibilidad de la sabiduría divina y su benevolencia en la preocupación por la continuidad de nuestras mentes individuales, en otras formas de existencia; pero además nos conduce, de acuerdo con KANT, a llenar la concepción hueca de “millones de otros mundos” (13), detallando el crecimiento evolucionario del hombre hacia la perfección. Y de ahí precisamente debe sacarse la conclusión. Porque, de acuerdo con la descripción kantiana de las cosas—incuestionable en cualquier aspecto—, estamos situados “en una magnitud ilimitada de mundos más allá de los mundos” (14). Este pensamiento en principio parece aniquilar nuestra importancia en el esquema de las cosas, cuando vemos al hombre, como se debe, frente al insondable abismo del espacio-tiempo. Pero aunque este razonamiento parece obvio, sería una locura desesperar demasiado pronto, cuando las potencialidades de la mismidad moral se encuentren, como tales, ilimitadas. La moralidad, en este sentido, añade un elemento esencial a nuestra experiencia de los modos de lo circundante. Aquí

(10) R. R. EHMANN, o. c. p., 485.

(11) A. N. WHITEHEAD, *Process And Reality*, The Macmillan Co., N. Y., 1960, p. 532.

(12) I. KANT, *Critique of Judgement*, trad. por J. C. MEREDITH, Oxford Clarendon Press, 1961, p. 94.

(13) *Reflexionen* de I. KANT citadas por H. HEIMSOETH en *Astronomisches Und Theologisches in Kant's Weltverstaendnis*, Abh. d. Akademie d. Wiss. u. der Lit., Mainz, 1963, p. 853.

(14) I. KANT, *Critique of Practical Reason*, trad. y edit. por L. W. BECK, Univ. o. Chicago Press, Illinois, 1955, p. 258.

se dio cuenta KANT de que la experiencia “de la ley moral en nosotros” indicaba realmente “una destinación no restringida a las condiciones y límites de esta vida, sino que penetra en lo infinito” (15).

La dirección particular que toman los comentarios de VLEESCHAUWER — en este contexto — puede entenderse en términos de la intención general de la concepción kantiana con el fin de que

“mientras las Ideas (de razón, libertad, inmortalidad y la existencia de Dios) eran puramente regulativas de la razón pura, son claramente constitutivas de objetos en el uso práctico” (16).

De paso, puede señalarse que, al tratar este punto, HEIMSOETH (17) refiere a la conexión existencial concreta entre los elementos astronómicos y teológicos en el pensamiento de KANT. No hay nada de sorprendente en esta conclusión. Porque la totalidad del análisis kantiano depende del hecho de que podemos asociar “el cielo estrellado sobre nosotros y la ley moral en nuestro interior... directamente con la conciencia de nuestra existencia” (18). Si tomamos este punto de vista y asumimos que todo lo dicho sobre el desarrollo de la personalidad humana nos empuja a ver este desarrollo de la personalidad moral como algo de valor absoluto, como el “último fin” que penetra la naturaleza, podemos llegar a ver el mar — para tomar una frase del *Espacio, Tiempo y Deidad* de SAN ALEJANDRO — “como, en cierto modo, redimido y hecho sirviente fiel de la Deidad” (19).

El acercamiento whiteheadiano (20) (de Dios en su naturaleza ‘dipolar’: *primeordial*, como la “realización conceptual ilimitada de la riqueza absoluta de potencialidad” y *consequent* “en su juicio del mundo como el salvador, el gran compañero — el camarada — sufriente que entiende”) reuniría estos distintos aspectos constituyendo a Dios como una Entidad actual que — aunque temporalmente frustrada por obstáculos “en lo caótico dado” (21) — se está convirtiendo, sin embargo, en el Controlador de lo “dado”.

(15) I. KANT, o. c. p., 259.

(16) H. J. DE VLEESCHAUWER, *The Development of Kantian Thought*, trad. por A. R. C. DUNCAN, THOMAS NELSON and Sons, London, Edinburgh, 1962, p. 123; véase también H. J. DE VLEESCHAUWER, *La Déduction Transcendentale Dans L'Oeuvre de Kant*, vol. III, pp. 317-318 ss., 338, Univ. de Gent, Antwerpen, Paris, 1937.

(17) H. HEIMSOETH, o. c. p., 853 ss.

(18) I. KANT, o. c. p., 258; puede hacerse referencia aquí a las discusiones de J. MACMURRAY, *The Self As Agent*, Faber and Faber, London, 1957, pp. 67 ss.; G. MARTIN, *Kant's Metaphysics And Theory of Science*, Manchester Univ. Press, 1955, pp. 174; N. ROTENSTREICH, *Experience And Its Systematization*, M. Nijhoff, The Hague, 1965, pp. 125, 126 ss., y A. HOFSTADTER, *Truth And Art*, Columbia Univ. Press, 1965, pp. 157, 201, 211 ss.; G. A. SCHRADER, en *Archiv f. Geschichte der Philosophie*, 1964, pp. 112 ss., y en *Kant-Studien*, 1953-1954, pp. 216 ss.; W. H. WALSH, *Kant's Moral Theology*, Proc. British Acad., 1963, pp. 269 ss. (Oxf. U. P.).

(19) Como discute S. ALEXANDER “Así el mal es por lo menos una realidad y tiene existencia finita y al ser transformado en el conjunto infinito fuera del cual ha brotado, experimenta el cambio (en *Space, Time and Deity*, Macmillan and Co., London, 1934, vol. II, pp. 149 ss.); respecto al significado del aspecto-valor, ver también R. S. HARTMAN en *Kant-Studien*, 1958-1959, pp. 287 ss.; y F. J. VON RINTELEN en *Intern. Phil. Quarterly*, 1964, pp. 419 ss.

(20) A. N. WHITEHEAD, o. c. p., 521, 524, 532.

(21) E. S. BRIGHTMAN, *The Problem of God*, Abingdon Press, N. Y., 1930, p. 39, y *A Philosophy of Religion*, Prentice Hall Inc., N. Y., 1950, p. 338.